JUSFILOSOFIA DE LA DISOLUCION DEL ESTADO EN LA “SOCIEDAD CIVIL” (*)

Miguel Angel CIURO CALDANI (**)

1. La vida histórica se ha venido desarrollando en períodos más sintéticos o analíticos, más referidos al conjunto o a sus partes y en nuestros días, ya diversos de la Edad Contemporánea, las sociedades capitalistas occidentales y sus enormes zonas de influencia resultan nítidamente signadas por caracteres analíticos y “parciales”. Se dice a menudo que estos son rasgos que identifican claramente a la época actual, llamada de la “postmodernidad” (1).

En ese marco actual se produce una clara disolución del Estado en la “sociedad civil”, convertida en el eje del que quizás pueda denominarse “espíritu de la época”, hacia el cual convergen los momentos del espíritu que suelen considerarse “anteriores” y “posteriores” (2). La noción hegeliana de que la unión en el Estado es el verdadero contenido y fin de la vida individual (3) ha entrado en crisis y su crisis marca uno de los caracteres que diferencian a la Edad

(*) Ideas básicas para la exposición del autor en una reunión de la cátedra III de Filosofía del Derecho de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario.

(**) Investigador del CONICET. Profesor titular del Área de Filosofía y Derecho Privado de la Facultad de Derecho de la UNR (cátedras I de Introducción al Derecho, III de Filosofía del Derecho y única de Derecho Internacional Privado). Homenaje del autor a los profesores doctores Mario E. Chaumet y Alejandro Aldo Menicocci, con gratitud por las conversaciones mantenidas acerca de la llamada “postmodernidad”.

(1) Es posible v. por ej. LYOTARD, Jean-François, “La condición postmoderna”, trad. Mariano Antolín Rato, Madrid, Cátedra, 1987; VATTIMO, Gianni, “El fin de la modernidad”, trad. Alberto L. Bixio, 3a. ed., Barcelona, España, Gedisa, 1990; DIAZ, Esther y otros, “¿Posmodernidad?”, Bs. As., Biblos, 1988; además v.gr. “El Mercurio” (Santiago de Chile), cuerpo “E”, 16 de enero de 1994. En relación con el tema de la “postmodernidad” puede v. CIURO CALDANI, Miguel Angel - CHAUMET, Mario Eugenio, “Perspectivas jurídicas “dialécticas” de la medievalidad, la modernidad y la postmodernidad”, en “Investigación y Docencia”, Nº 21, págs. 67 y ss. No obstante c. v.gr. LUHMANN, Niklas, “Sociedad y sistema: la ambición de la teoría”, trad. Santiago López Pelit y Dorothee Schmitz, Barcelona, Paidós, 1990. Vale tener en cuenta que se ha hablado, por ejemplo, del “malestar” en la modernidad y del desarrollo de un ideal neomoderno iluminista (ROUANET, Sergio, “Malestar na modernidade”, São Paulo, Companhia de Letras, 1993; también cabe referir -v.gr.- la vocación de “hipermodernidad” planteada por Alain TOURAINE).

(2) Se dice, por ejemplo, que “El Estado empezará a aparecer como un factor de opacidad y de “ruido” para una ideología de la “transparencia” comunicacional, la cual va a la par con la comercialización de los saberes.” (LYOTARD, op. cit., pág. 18; en relación con el tema puede v. VATTIMO, Gianni, “La sociedad transparente”, trad. Teresa Oñate, Barcelona, Paidós, 1990; también CIURO CALDANI, Miguel Angel, “Bases jusfilosóficas del Derecho de la Cultura”, Rosario, Fundación para las Investigaciones Jurídicas, 1993).

(3) HEGEL, Guillermo Federico, “Filosofía del Derecho”, trad. Francisco Messineo - Angélica Mendoza de Montero, 3a. ed., Bs. As., Claridad, 1944, pág. 211 (párrafo 258).

En relación con el tema puede c. v.gr. el prefacio de Eduardo VASQUEZ a su traducción de la obra recién citada (HEGEL, Georg W. F., “Rasgos fundamentales de la Filosofía del Derecho”, 2a. ed., Caracas, Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1991, esp. págs. 32 y ss.). En el marco de la filosofía hegeliana se entiende que la confusión del Estado con la sociedad civil genera graves errores (puede v. CORDUA, Carla, “Explicación sucinta de la Filosofía del Derecho de Hegel”, Bogotá, Temis, 1992, págs. 197/198).

Contemporánea de la Actualidad. En dicho proceso de “inflexión” hacia la sociedad civil ésta absorbe además, por ejemplo, los sentidos de la familia, la moral y el Derecho, del arte, la religión y la filosofía (4).

El nuevo “campo vital” (ya que quizás se pretenda rechazar incluso la idea de conjunto de “estilo” vital) se manifiesta, por ejemplo, en expresiones como el predominio de los **medios de comunicación de masas** (5), las “**privatizaciones**” y, como le agradecería señalar a Hegel, la misma **corrupción** (6), donde la sociedad civil llega a degradar el resto de la vida. La disolución del gobierno (y del Estado) en la sociedad civil y los sentidos valiosos de dicho fenómeno ya fueron previstos de manera genial por el conde de Saint-Simon (7), aunque hoy se advierten también rasgos negativos que el aristócrata pasado a las filas de la burguesía no pudo anticipar.

La formación del Estado nacional superó de alguna manera a la organización feudal y coronó el despliegue de la sociedad civil, en un proceso desarrollado a partir de fines de la Edad Media y al fin característico de la “modernidad”, pero hoy el Estado tiende a disolverse en la sociedad civil convirtiéndose en una pieza más de su desenvolvimiento. Con la crisis (no necesariamente el fin) de la modernidad también entra en crisis el Estado “moderno”.

A diferencia de los modelos que le precedieron, el Estado moderno se caracterizó por una creciente **eficiencia**, que era posible por los recursos económicos, científicos y técnicos producidos por el capitalismo, y por estar al servicio de **fines** que fueron abriendo camino al mismo fenómeno capitalista, pero no correspondían siempre al espíritu último del sistema. A menudo directo realizador de fines sanitarios, educativos, artísticos, jurídicos, etc., el Estado moderno pretendió en numerosos casos dirigir e incluso planificar la economía. Tal vez al servicio de ciertos intereses del capitalismo, pero con medios ajenos a su espíritu llegó a ser militarista y guerrero. El Estado moderno era de alguna manera “trascendente” a la sociedad civil.

En cambio, el Estado actual es concebido en términos de eficiencia más **utilitaria** y si bien interviene en la vida económica lo hace con fines y de ser posible con medios propios de la misma. Puede proteger al consumidor, mas no le es fácil fundamentar el recurso al poder. A veces procura corregir los desvíos de la economía, pero no llega a querer dirigirla, menos a procurar planificarla. El Estado de este tiempo resulta “inmanente” a la sociedad civil.

Esta disolución del Estado en la sociedad civil no significa que el poder haya desaparecido, como lo creyó de cierto modo Saint-Simon, sino que las decisiones autoritarias se adoptan en el mercado y tienden a imponerse a través del mercado. El célebre pensador francés, precursor de la Sociología, pensó que la disolución del gobierno de los hombres y del Estado feudal y militar en la **administración** de las cosas y el régimen “industrial” y pacífico, que se concretaría a través de las uniones libres entre hombres libres, llevaría al anarquismo (8). Sólo acertó en

(4) Desprovistas de fuerza cultural, se extinguen las preocupaciones filosóficas profundas, las religiones tienden a disolverse y el arte resulta incapaz de desarrollar, por ejemplo, las tensiones de la tragedia, del drama e incluso de la comedia. También se hace más difícil el largo relato de la novela y el hombre de nuestro tiempo concibe la vida como un cuento. Si bien no es sólo armonía, la música pierde a menudo el sentido de la misma y llega a convertirse en ruido que daña el sentido. La disolución del Estado moderno es reconocida también por defensores de la modernidad (cabe tener en cuenta, por ejemplo, las ideas respectivas de Juan José SEBRELLI).

(5) En cuanto al silencio de los intelectuales, v. por ej. “Clarín”, Cultura y nación, 11/XI/1993.

(6) Puede v. HEGEL, op. cit., pág. 172 (párrafo 185).

(7) Es posible c. por ej. SAINT-SIMON, “Catecismo político de los industriales”, trad. Luis David de los Arcos, 2a. ed. en BIF, Bs. As., Aguilar, 1964.

(8) Id., esp. págs. 134/135.

parte, porque en profundidad hay un poderoso sistema "unidimensional" en el predominio de la utilidad (9). Lo que ocurre es que este sistema se impone por vías económicas y en gran medida por los medios de comunicación de masas, que negocian la información.

Dentro del sistema, sólo hasta cierto punto oculto, es cada día más fácil la a menudo benéfica liberación sexual, pero es muy difícil no ser productor o consumidor. Es más fácil practicar el amor libre o ser incluso homosexual, pero es muy difícil ser "viejo". Se pretende la institucionalización de las uniones homosexuales, pero los viejos terminan con frecuencia en guarderías donde quedan depositados indiscriminadamente, esperando la muerte. Los descartados por la sociedad civil son arrumbados.

2. En este marco, la teoría **trialista** del mundo jurídico (10) puede evidenciar los significados muy relevantes, positivos y negativos, que tiene la disolución del Estado en la sociedad civil.

En cuanto a la **dimensión sociológica**, esta disolución se manifiesta, sobre todo en superficie, en una disminución de la vocación repartidora (conductora) y al uso del poder y menos propósitos gubernamentales planificadores, con menos intención de constituir un orden homogéneo y sólido, aunque en profundidad los desarrollos de las distribuciones (y la espontaneidad) y de la autonomía y la libre ejemplaridad no sean tan grandes y el orden sea muy homogéneo según las tendencias económicas y muy cerrado. La decadencia de las grandes ideologías hace menos posible la perturbación de la vida estatal y civil por fenómenos revolucionarios. La idea de progreso está en retirada y la sociedad civil parece querer sólo una evolución no perturbadora, que incluso algunos niegan.

En la **dimensión normológica** las características de la disolución del Estado en la sociedad civil significan desarrollos de la interrelación entre ley y contrato, con incremento de los sentidos negociales y fragmentación de los sentidos institucionales e imperio de los subordinamientos normativos, que ponen en crisis a la coherencia del conjunto. Tal vez no sea un fenómeno circunstancial que en Argentina se está resolviendo la reforma de la Constitución mediante un "pacto".

En la **dimensión dikelógica** la disolución del Estado en la sociedad civil significa avances incluso arrogantes y subversivos de la utilidad, convertida en el gran valor, que avasalla a la justicia e incluso supera a la humanidad (el deber ser cabal de nuestro ser). Los valores fabricados tienden a predominar, incluso en términos de falsedad axiológica, sobre los valores naturales.

La justicia de este tiempo de disolución del Estado en la sociedad civil es pensada por las vías de la consensualidad, de una escasa acepción (consideración) de personas, de la simetría, la dialogalidad superficial y la monologalidad profunda, y la conmutatividad y por las sendas de la "parcialidad", la sectorialidad, el aislamiento (con cierta participación de superficie), la relatividad de alcances limitados y la particularidad. El Derecho Público, caracterizado en última instancia por los requerimientos de la justicia general, que se refiere de manera directa al bien

(9) Puede recordarse, en relación con el tema, por ej. MARCUSE, Herbert, "El hombre unidimensional", trad. Antonio Elorza, Barcelona, Seix Barral, 1969.

(10) Acerca de la teoría **trialista** del mundo jurídico es posible v. por ej. GOLDSCHMIDT, Werner, "Introducción filosófica al Derecho", 6a. ed., 5a. reimpr., Bs. As., 1987; CIURO CALDANI, Miguel Angel, "Derecho y política", Bs. As., Depalma, 1976; "Estudios de Filosofía Jurídica y Filosofía Política", Rosario, Fundación para las Investigaciones Jurídicas, 1982/84; "Estudios Jusfilosóficos", Rosario, Fundación para las Investigaciones Jurídicas, 1986; "Perspectivas Jurídicas", Rosario, Fundación para las Investigaciones Jurídicas, 1985.

común, obra considerablemente en superficie, pero quizás no exista en la profundidad donde todo tiende a ser Derecho Privado, identificado en definitiva por las exigencias de la justicia particular.

Aunque la relatividad limitada resulta necesaria (porque no hay fuertes referencias absolutas) la falta de visiones de conjunto lleva a menudo a fraccionar las influencias de justicia de los otros repartos. Los fraccionamientos producen seguridad y el hombre de nuestra sociedad civil encuentra seguridad en lo que por lo menos cree su "pequeño mundo".

El principio supremo de justicia exige que cada individuo reciba la esfera de libertad necesaria para convertirse en persona, pero la persona de nuestro tiempo es un individuo producto de la sociedad civil y en mucho disuelto en ella. Lejos está la idea de que el hombre se realiza en la "universalidad" del Estado, tan sólo se vale de él.

La aristocracia que surge de la legitimidad por la superioridad moral, científica y técnica, que anidaba en el Estado, se ha esfumado y en superficie todo se resuelve en términos democráticos de constante replanteo pactista, aunque en lo profundo hay un fuerte desarrollo tecnocrático. Los héroes son figuras extrañas y el paradigma del repartidor legítimo es el que horizontalmente asegura su felicidad y la de los demás. Los jueces, en mucho aristócratas de la justicia, son sustituidos por los árbitros. Los individuos, que en sí no son "fuertes" sino "débiles", tienen sin embargo la fuerza necesaria para sacar del Estado la función jurisdiccional.

El hombre de nuestro tiempo es legitimado como beneficiario en términos del valor utilidad: en lo profundo resulta que merece en la medida que es útil. Muchos son los objetos que se consideran repartidores (legitimados para ser repartidos), pero a menudo esos objetos son resueltos en términos de libertad de goce y de propiedad. Quizás en correspondencia con las grandes posibilidades técnicas se valorizan el ocio e incluso la rutina sobre el trabajo y la creación. Tal vez el hombre "postmoderno" inserto íntegramente en la sociedad civil podrá y querrá ser feliz, pero nunca gigantesco.

En cuanto a las formas de los repartos, el proceso, en gran medida conquista del Estado moderno, es sustituido por la negociación, la adhesión e incluso la mera imposición. Los hombres somos absueltos y condenados ante los medios de comunicación de masas, aunque quizás las absoluciones y las condenas sean más pasajeras.

En el nivel superficial de nuestro tiempo predomina el humanismo abstencionista, pero esto es en mucho sólo para limitar al Estado. A veces, en cambio, los poderes de la sociedad civil ejercen sin contrapartida un fuerte humanismo intervencionista, a menudo con desvíos de alcances individualistas o totalitarios que ponen a los hombres en condiciones de medios de otros hombres o de la sociedad, no de fines.

Al disolverse el Estado en la sociedad civil la protección del individuo contra el régimen se hace más eficaz, pero la protección del individuo contra los demás, sí mismo y "lo demás" (enfermedad, miseria, ignorancia, etc.), que podía brindar en parte el Estado, disminuye. En definitiva, sólo se recurre a los medios de realización del régimen de justicia que puede realizar la sociedad civil.

En cuanto a las **ramas** del mundo jurídico, todas las del Derecho Público son afectadas por la disolución del Estado en la sociedad civil. El Derecho Internacional Público se hace Derecho Comunitario para dar más juego a la sociedad civil; el Derecho Constitucional resulta más cambiante y pactista a los fines de brindarle más espacio; el Derecho Administrativo se transforma con las privatizaciones y concesiones; el Derecho Penal tiende a sustituir la pena por

las compensaciones y el Derecho Procesal ve avanzar las figuras del arbitraje y el reconocimiento de los intereses difusos frente a un Estado que cada día se preocupa menos por individualizar la legitimidad de los justiciables.

Las fronteras entre el Derecho Público y el Derecho Privado -que como dijimos en el fondo da cierta clave de la sociedad- se desdibujan y el Estado se presenta a menudo en la vida económica como una pieza de ella, para proteger económicamente a ciertos intereses económicos. Esto se evidencia en el Derecho Civil y el Derecho Comercial (que a veces tienden a unificarse), en la relativa decadencia de la presencia estatal en el Derecho del Trabajo y el Derecho de la Previsión Social y en la aparición en el Derecho Internacional Privado clásico de figuras de comprensión económica y utilitaria de la solución de conflictos, como suelen ser los puntos de conexión de mayor proximidad con los casos concretos, las leyes de aplicación inmediata y las soluciones materiales (11).

En el horizonte **político general**, la disolución del Estado en la sociedad civil se manifiesta en un enorme incremento de la política económica sobre el resto de las ramas políticas (política jurídica -o Derecho-, política sanitaria, política artística, política religiosa, política educacional, política de seguridad, etc.).

En países como **Argentina**, donde la sociedad civil es muy débil y el Estado no llegó nunca a consolidarse plenamente, la disolución del Estado en la sociedad civil significa riesgos de fuerte caída en la "preestatalidad", merecedores de gran atención. Nuestra sociedad civil carece de la fuerza necesaria para reemplazar al Estado moderno, pero las tendencias del mundo actual impedirían que éste cumpliera el ciclo de consolidación que tuvo en otros ámbitos. Es más: nuestra sociedad civil deberá nacer sin el apoyo estatal que tuvo en otras latitudes. ¿Cuáles serán los resultados?. En la respuesta se juega gran parte del porvenir argentino.

(11) Cabe recordar TRAZEGNIES, Fernando de, "El Derecho Civil ante la post-modernidad", en "Jurisprudencia Argentina", 1990-II, págs. 653 y ss.